observador su esfuerzo. De pronto retiró sus manos de los hombros del marido por temor á que la traicionara algún involuntario movimiento.

—Sperelli ha caído,—anunció en voz alta la condesa de Lúcoli.

Mallecho, en efecto, al saltar, había puesto un pie en falso sobre la hierba húmeda y habíase doblado sobre las rodillas: pero levantándose inmediatamente, Andrés se había deslizado por el cuello, sin daño alguno, y con una prontitud fulmínea, había vuelto á montar, mientras Rútolo y Caligaro le alcanzaban. *Brummel* si bien herido en sus cuartos traseros, hacía prodigios, por virtud de su pura sangre. *Carbonilla* desplegaba toda su velocidad, conducido con arte admirable por su caballero. Faltaban cerca de ochocientos metros para llegar á la meta.

Por un momento, Sperelli, vió escapársele la victoria; pero recogió todos sus alientos, acogió todos sus esfuerzos para retenerla. Tieso sobre los estribos, curvado sobre el crinal, lanzaba de vez en cuando aquel grito breve, seco, penetrante, que tanto poder tenía sobre el noble bruto. Mientras *Brummel* y *Carbonilla*, fatigados por la pesantez y dureza del terreno, perdían vigor, *Mallecho* aumentaba la vehemencia de su desenvoltura, estaba para reconquistar su puesto, ya desfloraba la victoria con la llama de sus narices. Después del último obstáculo, habiendo superado á *Brummel*, rozaba ya con la cabeza la culata de *Carbonilla*. A los cien metros próximamente de la meta, resaba la barrera, avanzando siempre, y dejando entre él y

la yegua negra de Caligaro el espacio de diez «larguras.»

La campana sonó; un aplauso estruendoso se oyó por todas las tribunas, como el trepidar sordo de una granizada; un clamor se propagó en la multitud, sobre la vasta pradera inundada de sol.

Al volver á entrar en el recinto, Andrés Sperelli pensaba: «La fortuna está conmigo hoy. ¿Estará conmigo también mañana?» Y sintiéndose acariciado por el aura del triunfo, tuvo contra el obscuro peligro, casi un arrebato de ira. Hubiera querido afrontarlo súbito, en aquel mismo día, en aquella misma hora, sin dilación alguna, á fin de gozar una doble victoria, y para morder, además, el fruto que le ofrecía la mano de doña Hipólita. Todo su sér, encendíase de un orgullo salvaje, al pensamiento de poseer aquella blanca y superba mujer, por derecho de conquista violenta. La imaginación, le fingía un goce jamás experimentado, casi diríamos una voluptuosidad de otros tiempos, cuando los gentilhombres desataban los cabellos de sus damas, con manos homicidas y acariciadoras, y hundían su frente todavía sudosa por la fatiga del combate, y su boca todavía amarga de las injurias proferidas. Sentíase invadido por esa inexplicable embriaguez que dan á ciertos hombres de inteligencia el ejercicio de su fuerza física, el experimento de su valor, la revelación de su brutalidad. Lo que en el fondo de nuestro sér ha quedado de ferocidad original, torna á la superficie á veces con una extraña vehemencia, y también bajo la mezquina elegancia del hábito moderno, nuestro corazón, á ve-

ces, se hincha de no sé qué manía sanguinaria y anhela el estrago. Andrés aspiraba de lleno la cálida y acre exhalación de su caballo, y ninguno de cuantos delicados perfumes había hasta entonces preferido, ninguno había jamás proporcionado á su sentido un más agudo placer.

Apenas desmontó, fué rodeado de amigas y de amigos que le felicitaron y se congratulaban de su triunfo. *Miching Mallecho*, fatigado, humeante y cubierto de espuma, resoplaba estirando el cuello y sacudiendo sus bridas. Sus flancos se encogían y se elevaban con un movimiento continuo, tan fuerte, que parecía fuesen á estallar, y bajo la sudorosa y luciente piel, sus músculos temblaban como las cuerdas de los arcos después del disparo; sus ojos dilatados é inyectos de roja sangre, tenían en aquel momento la ferocidad de los de una fiera; su pelo, sembrado, á la sazón, de anchas manchas más obscuras, se abría aquí y allí, en espigas bajo los arroyos de sudor; la vibración incesante de todo su cuerpo, daba pena y enternecía, como el sufrimiento de una criatura humana.

—*¡Poor fellow!*—murmuró Lilián Theed.

Andrés le examinó las rodillas para ver si la caída le había dañado. Estaban intactas. Entonces, golpeándole suavemente en el cuello, le dijo con un acento indefinible de dulzura:

—¡Marcha, *Mallecho*, marcha.

Y lo acompañó con grata mirada al alejarse.

Después, habiendo cambiado su traje de carrera, salió en busca de sus amigos Ludovico Barbarisi y el barón de Santa Margarita.

Ambos aceptaron el encargo de representarle en la cuestión con el marqués Rútolo. El les rogó que apresuraran el lance.

—Arregladlo todo esta misma noche. Mañana, á la una de la tarde, debo estar ya libre; pero, por la mañana dejadme dormir, al menos hasta las nueve. Comeré en casa de la Ferentino, y pasaré después al palacio de Justiniano. Más tarde iré al Círculo. Ya sabéis, por tanto, donde encontrarme. Gracias, y hasta la vista, amigos.

Subió á la tribuna; pero evitó acercarse inmediatamente, á doña Hipólita. Sonreía al sentirse blanco de todas las miradas femeninas. Muchas bellas manos se tendían hacia él; muchas bellas voces lo llamaban familiarmente Andrés; algunas también lo llamaban con cierta ostentación. Las damas que habían apostado por él le decían la cifra de su ganancia: diez luises, veinte luises. Otras le preguntaron con curiosidad, no exenta en algunas de interés:

—¿Os batiréis?

Parecíale haber alcanzado en un solo día la meta de la gloria venturosa, mejor que el duque de Buckinghan y el señor de Lauzun. Había salido vencedor en una carrera heróica; había conquistado una nueva amante, magnífica y serena como una dogaresa; había provocado un duelo á muerte; y ello, no obstante, pasaba tranquilo y cortés, ni más ni menos que como de costumbre, entre las sonrisas de aquellas damas de quienes conocía otra cosa que la gracia de su boca.¿ De algunas de ellas, no podía él indicar, quizás, un halago secreto ó una particu-

lar costumbre de voluptuosidad? ¿No veía él, á través de todas aquellas claras frescuras de estofas primaveriles, el lunar rubio, semejante á una pequeña moneda de oro, sobre la cadera izquierda de Isotta Cellesi; ó el vientre incomparable de Julia Moceto, pulido como una copa de marfil, puro como el de una estatua, por la ausencia absoluta de aquello que en las esculturas y en las pinturas antiguas lamentaba el poeta del *Musée secret*? ¿No oía en la sonora voz de Barbarita Viti otra indefinible voz que repetía incesantemente una palabra inverecunda? ¿ó en la ingenua risa de Aurora Seymour otro indefinible sonido, ronco y gutural, que recordaba algo el ronquido de los gatos en el hogar, y el arrullo de las tórtolas en los bosques? ¿No conocía las exquisitas depravaciones de la condesa de Lúcoli que se inspiraba en los libros eróticos, en los grabados ó en las miniaturas? ¿ó en los invencibles pudores de Francisca Daddi que en los supremos espasmos invocaba, como un agonizante, el nombre de Dios? Casi todas las mujeres que él había engañado, ó que le habían engañado, estaban allí y le sonreían.

—Aquí está el héroe,—dijo el marido de la Albónico, tendiéndole la mano, con amabilidad insólita, y estrechándosela con efusión.

—Y héroe de verdad,—añadió doña Hipólita, con el tono indiferente de un cumplimiento obligado, aparentando ignorar el drama.

Sperelli se inclinó cortesmente y pasó más allá, porque experimentaba cierto embarazo ante aquella extraña benevolencia del marido. Una sospecha

cruzó cual relámpago su mente; que el marido le estuviese agradecido por haber promovido contienda con el amante de su mujer; y sonrió de la vileza de aquel hombre. Cuando se volvió á mirarle, los ojos de doña Hipólita se encontraron con los suyos y sus miradas le acariciaron.

Al regreso, desde el *mail-coach* del príncipe de Ferentino, vió huir hacia Roma á Juanito Rútolo, sólo en un pequeño tilbury, al trote largo de un gran ruano, que él guiaba inclinado hacia adelante, llevando la cabeza baja y el cigarro entre los dientes sin cuidarse de los guardias que le inclinaban á meterse en la fila. Roma, en el fondo, se dibujaba obscura, sobre una zona de luz amarilla como azufre, y las estatuas de lo alto de la basílica de San Juan se engrandecían en el cielo de violeta, fuera de la zona luminosa.

Sólo entonces tuvo Andrés la conciencia entera del mal que hacía sufrir á aquella alma.

Por la noche, en casa Giustiniani, dijo á la Albónico:

—Queda, pues, firmemente convenido, en que mañana, de dos á cinco de la tarde, os esperaré.

Ella quería preguntarle:

—¿Cómo? ¿No os batís, mañana?

Pero no se atrevió y contestóle:

—Lo he prometido.

Poco tiempo después, se acercó á Andrés el marido, cogiéndose de su brazo, con afectuosa franqueza, para pedirle noticias del duelo.

Era un hombre todavía joven, rubio, elegante, con los cabellos muy rapados, de ojos claros, y con

los dos colmillos salientes fuera de los labios. Tenía una ligera tartamudez.

—¿Con que, con que, mañana, eh?

Andrés apenas podía vencer su repugnancia, y tenía el brazo tieso á lo largo del costado, para demostrar que no le agradaba aquella familiaridad.

Como en aquel momento viera entrar al barón de Santa Margarita, se libró diciendo:

—Me apremia hablar con Santa Margarita. Dispensadme, conde.

El barón lo acogió con estas palabras:

—Todo está arreglado.

—Bien. ¿Para qué hora?

—Para las diez y media, en la Villa Sciarra. A espada y guante de sala. A todo trance.

—¿Quiénes son los otros dos?

—Roberto Casteldieri y Carlos de Souza. Nos hemos despachado pronto, evitando las formalidades. Juanito tenía ya elegidos y dispuestos los suyos. Hemos concertado y convenido verbalmente las condiciones del encuentro, en el Círculo, sin discusión. Procura no irte á la cama demasiado tarde. Debes estar cansado.

Por jactancia, al salir del palacio Giustiniani, Andrés fué al Círculo de la caza y se puso á jugar con los *sportmens* napolitanos. Hacia las dos de la madrugada, Santa Margarita lo sorprendió, y, obligándole á abandonar la mesa, quiso acompañarle á pie hasta el palacio Zuccari.

—Querido,—le admonizaba en el camino,—tú eres demasiado temerario. En estos casos una imprudencia puede ser fatal. Para conservar intacto

el vigor, un buen tirador debe tomarse el mismo cuidado que tiene un buen tenor para conservar la voz. El pulso es tan delicado como la laringe; las articulaciones de las piernas son tan delicadas como las cuerdas vocales. ¿Entiendes? El mecanismo se resiente del más mínimo desorden; el instrumento se descompone y no obedece ya. Después de una noche de amor ó de juego ó de crápula, ni aún las estocadas de Camilo Agrippa, podrían ir derechas y las paradas, ni podrían ser exactas ni veloces. Ahora, basta equivocarse de un milímetro, para meterse tres pulgadas de hierro en el cuerpo.

Estaban á la entrada de la vía de Condotti, y veían, en el fondo, la plaza de España, iluminada por la luna clara, la escalera blanqueante y la Trinidad del Monte elevándose en el azulado y suave firmamento.

—Tú,—prosiguió el barón,—cierto que tienes muchas ventajas sobre tu adversario; entre otras, la sangre fría y la práctica del terreno. Te he visto en París contra Gavaudan. ¿Te acuerdas? ¡Hermoso duelo! Te batiste como un Dios.

Andrés se echó á reir de complacencia y satisfacción. El elogio de aquel insigne duelista, le hinchaba el corazón de orgullo, le metía en los nervios una superabundancia de fuerzas. Instintivamente su mano, estrechando el bastón, hacía gesto de repetir el famoso golpe que atravesó el brazo al marqués de Gavaudan, el 12 de Diciembre, del año 1885.

—Fué,—dijo él,—una «contra tercera» y un «*filo*.»

El barón repuso:

—Juanito Rútolo, sobre la plancha, es un discreto tirador; sobre el terreno, de primer ímpetu. Se ha batido una sola vez con mi primo Cassibile, y ha salido mal. Hace mucho abuso de «uno, dos» y de «uno, dos, tres» atacando. Te pueden servir y te ayudarán las «paradas en un tiempo» y especialmente la «en cuarta.» Mi primo, precisamente, lo agujereó con una «en cuarta» limpia, al segundo asalto. Y tú eres un *tempista* fuerte. Ten, empero, el ojo siempre avizor, y procura conservar la distancia. Será conveniente que no olvides que tienes enfrente á un hombre á quien has quitado, según dicen, la querida, y sobre el cual, has levantado el látigo.

Habían llegado á la plaza de España. La Barcaccia metía un ruído ronco y apagado, brillando al reflejo de la luna que en ella se espejaba de lo alto de la columna católica. Cuatro ó cinco carruajes de alquiler estaban parados, en fila, con los faroles encendidos. De la vía del Babuino llegaba un tintineo de esquilas y un rumor sordo de pasos, como de un rebaño en camino.

Al pie de la escalera, el barón se despidió:

—Adiós, hasta mañana. Vendré algunos minutos antes de las nueve, con Ludovico. Tirarás un par de asaltos para desentumecerte. Nosotros nos encargaremos de avisar al médico. Vé; duerme profundamente.

Andrés empezó á subir la escalera. Al primer rellano se detuvo, atraído por el tintineo de las esquilas que se acercaba. Verdaderamente se sentía un

poco fatigado, y también un poco triste, en el fondo del corazón. Tras la sobrexcitación suscitada en la sangre por aquel discurso de la ciencia de las armas y por el recuerdo de su bravura, una especie de inquietud lo invadía, no muy distinta, mezcla de duda y de descontento. Sus nervios, su tensión continua durante aquella jornada violenta y febril, se aflojaron al fin, bajo la apacibilidad de la noche primaveral.

—¿Por qué sin pasión, por puro capricho, por mera vanidad, por arrogancia tan sólo, habíase complacido en despertar el odio y herir el alma de un hombre?

El pensamiento de la horrible pena que seguramente debía afligir á su enemigo, en una noche tan dulce, le movió un sentimiento casi de piedad. La imagen de Elena le atravesó el corazón como un relámpago; tornaron á su mente las angustias sufridas un año antes, cuando la había perdido, y los celos, y la cólera, y los desalientos indefinibles.

También entonces las noches eran claras, tranquilas, saturadas de perfumes, y sin embargo, ¡cómo le pesaban!

Aspiró el aire que conducía los hálitos de las rosas floridas en los pequeños jardines laterales, y miró abajo, sobre la plaza, pasar el rebaño.

La espesa lana blanquizca de las ovejas en tropel y apiñadas avanzaba con una fluctuación contínua, acaballándose, á semejanza de un agua fangosa, que inundase el pavimento. Algunos balidos trémulos mezclábanse al tintineo; otros balidos, más sutiles, más tímidos, respondían; los pastores

lanzaban de vez en cuando un grito y arrojaban su cayado, cabalgando detrás y á los flancos; la luna daba á aquel pasaje de ganado por medio de la gran ciudad dormida, un misterio como de cosa vista casi en sueños.

Andrés recordó que en una noche serena de Febrero, al salir de un baile en la embajada inglesa, él y Elena habían encontrado, en la calle Veinte de Septiembre, un rebaño; y que su carruaje había tenido que pararse. Elena, inclinada sobre el cristal, miraba pasar las ovejas rozando las ruedas é indicaba los corderos más pequeños, con una alegría infantil, y él tenía su rostro junto al rostro de ella, semicerrando los ojos, escuchando el rumoroso paso del ganado, sus balidos y el tintineo de las esquilas y el tan tan de los cencerros.

—¿Por qué volvían á su memoria en aquellos momentos todos aquellos recuerdos de Elena?

Continuó subiendo lentamente, y en la ascensión sintió más pesada su fatiga. De pronto, relampagueó en su cerebro el pensamiento de la muerte. «¿Si en el duelo quedara muerto?» ¿Si recibiese una grave herida que me dejara para toda la vida en impedimento?» Su avidez de vivir y de gozar se sublevó contra este pensamiento lúgubre, y díjose á sí mismo: «Es necesario vencer.» A su mente se ofrecieron todas las ventajas que habría de proporcionarle aquella otra victoria: el prestigio de su fortuna, la fama de su proeza, los besos de doña Hipólita, nuevos amores, nuevos goces, nuevos caprichos.

Entonces, dominando toda agitación, se puso

á cuidar la higiene de su fuerza. Durmió hasta que la llegada de sus dos amigos le despertó; tomó la ducha acostumbrada; hizo extender sobre el pavimento la lista de encerado é invitó á Santa Margarita á tirar dos «*cavazione*,» y después á Barbarisi á un breve asalto, durante el cual ejecutó con exactitud precisa muchas acciones de tiempo.

—¡Optimo puño!—dijo el barón, congratulándose.

Después del asalto, Sperelli tomó dos tazas de té y algunos bizcochos. Escogió un pantalón largo, un par de zapatos cómodos y con el tacón muy bajo, una camisa poco almidonada; preparó el guante, mojándolo ligeramente sobre la palma y rociándolo de pez greca en polvo; le ató una correa de cuero para sujetar la guarda á la muñeca, examinó la hoja y la punta de las dos espadas; no olvidó ninguna precaución, la menor minucia.

Cuando estuvo dispuesto, dijo:

—Vamos. Será mejor que nos encontremos sobre el terreno antes que los otros. ¿Y el médico?

—Espera allí.

Al bajar la escalera se encontraron con el duque de Grimiti que iba de parte de la marquesa de Afeleta.

—Os seguiré á la villa, y llevaré después súbito la noticia á Francisca—dijo el duque.

Bajaron juntos. El duque subió en su coche saludando. Los otros subieron en un carruaje cubierto. Andrés no ostentaba su buen humor porque las bromas antes de un duelo á muerte le parecían de

pésimo gusto; pero estaba tranquilísimo. Fumaba, escuchando á Santa Margarita y á Barbarisi discutir, á propósito de un reciente caso ocurrido en Francia, sobre si era ó no lícito hacer uso de la mano izquierda contra el adversario. De vez en cuando, inclinábase á la portezuela para mirar el camino y la campiña.

Roma esplendorizaba, en aquella mañana de Mayo, acariciada por el sol. A lo lejos del camino, una fuente iluminaba con su risa argentina, una plazoleta todavía en la sombras; la puerta cochera de un palacio mostraba el fondo de un corral adornado de pórticos y de estatuas; de los arquitrabes barrocos de una iglesia en el travertino, pendían los paramentos del mes de María. Sobre el puente apareció el Tiber lúcido, espejeando y huyendo entre las casas verduzcas, hacia la isla de San Bartolomé. Tras de una corta subida, apareció la ciudad inmensa, augusta, radiante, erizada de campanarios, de columnas y de obeliscos, coronada de cúpulas y de rotondas, límpiamente grabada como una ciudadela en pleno azul.

—*Ave, Roma. Morituru te salutat*,—dijo Andrés Sperelli, arrojando la punta del cigarro hacia la ciudad.

Y, en seguida, añadió:

—En verdad, queridos, que un golpe de espada hoy me fastidiaría soberanamente.

Estaban en la villa Sciarra ya por mitad deshonrada por los constructores de casas nuevas, y pasaban por un sendero de laureles altos y esbeltos, entre dos vallados de floridos y odorosos rosales. Santa Margarita asomándose fuera de la portezuela vió otro carruaje parado en la esplanada delante de la *villa*, y dijo:

—Ya nos esperan.

Miró su reloj. Faltaban diez minutos para la hora fijada. Hizo parar el carruaje, y junto con el otro testigo y el médico se dirigió hacia los adversarios.

Andrés quedóse en el sendero, esperando. Mentalmente se puso á ensayar algunos medios de ataque y de defensa que intentaba emplear con probabilidad de éxito; pero lo distrajeron los maravillosos destellos de luz que se filtraban por el intrincamiento de los laureles, y sus miradas erraban tras las apariencias de las ramas agitadas por la brisa matinal, mientras su alma meditaba la herida; y los árboles, galantes como en las amorosas alegorías de Francisco Petrarca, suspiraban sobre su cabeza donde imperaba el pensamiento de una buena estocada.

Acercósele Barbarisi á llamarlo, diciendo:

—Estamos prontos. El guarda ha abierto la *villa*. Tenemos á nuestra disposición las habitaciones de la planta baja, una gran comodidad. Ven á desnudarte.

Andrés le siguió. Mientras se desnudaba los dos médicos abrieron sus estuches, donde relucieron los pequeños instrumentos de acero. Uno de aquellos era todavía joven, pálido, calvo, con las manos afeminadas, con la boca un poco cruel, con una continua y visible contracción de la mandíbula inferior, extraordinariamente desarrollada. El otro

era ya maduro, membrudo, con el rostro sembrado de pecas, con una espesa barba rojiza, con un cuello de toro.

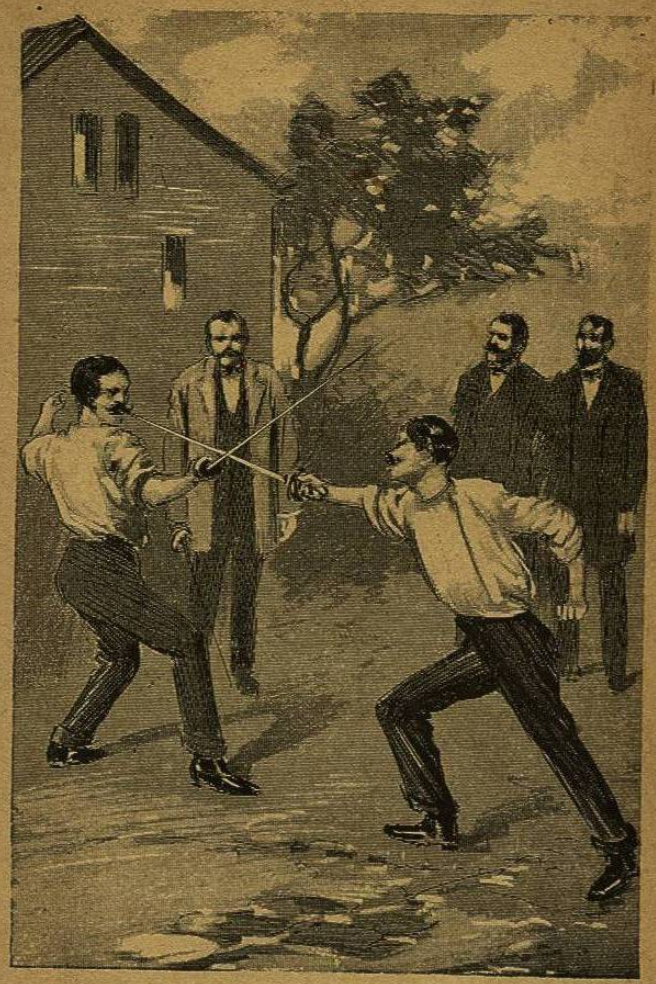
El uno parecía la antítesis física del otro: y esta diversidad llamaba la curiosa atención de Sperelli. Preparaban sobre una mesa las vendas y el agua fenicada para desinfectar las hojas. El olor del ácido se esparcía en la estancia.

Cuando Sperelli estuvo dispuesto, salió con sus testigos y con los médicos á la esplanada. De nuevo el espectáculo de Roma á través de los laureles, atrajo sus miradas y le hizo palpitar violentamente el corazón. Hubiera querido encontrarse ya en guardia y oir el mandato de ataque. Pareciale tener en el puño el golpe decisivo; la victoria.

—¿Estás dispuesto?—preguntó Santa Margarita yendo á su encuentro.

—Sí, estoy pronto.

El terreno escogido estaba a un lado de la *villa*, en la sombra, cubierto de fina arena y apisonado. Juanito Rútolo estaba ya en el otro extremo, con sus testigos Roberto Casteldieri y Carlos de Souza. Todos ellos habían tomado un aire grave, casi solemne. Los dos adversarios fueron colocados uno frente al otro; y se miraron. Santa Margarita, que tenía la dirección del combate, observó la camisa de Rútolo fuertemente almidonada, muy tiesa, con el cuello demasiado alto, lo cual advirtió á Casteldieri que era el segundo. Este habló á su primo, y Sperelli vió á su enemigo encendérsele de improviso el rostro y con un gesto resuelto quitarse la camisa. El, con fría tranquilidad siguió el ejemplo;



Rótalo dió un paso hacia adelante...

CAPILLA UNIVERSITARIA BIBLIOTECA

se arremangó el pantalón; cogió de manos de Santa Margarita el guante, la correa y la espada, se armó con gran cuidado, y después agitó el arma para cerciorarse de que la tenía bien empuñada. Al hacer este movimiento su biceps resaltó visibilísimo, revelando el largo ejercicio del brazo y el vigor adquirido.

Cuando los dos extendieron las espadas para tomar las distancias, la de Rútolo oscilaba en un puño convulso. Tras las advertencias de costumbre sobre la lealtad en el combate, el barón de Santa Margarita ordenó con voz vibrante y viril:

—¡Señores, en guardia!

Ambos combatientes cayeron en guardia á un mismo tiempo. Rútolo, golpeando el pie, Sperelli enarcándose con ligereza. Aquel era de estatura mediana, bastante delgado, todo nervios, con una faz aceitunada á la que daban cierta fiereza las puntas de unos bigotes muy retorcidos y una pequeña mosca aguda sobre la barba, á la manera de Carlos I en los retratos de Van Dyck. Sperelli era más alto, más desenvuelto, más correcto, de maneras distinguidísimas y firme y tranquilo en su equilibrio de gracia y de fuerza con un porte de gran señor en toda su persona. Ambos se miraban mutuamente en los ojos, y cada uno experimentaba interiormente un indefinible temblor á la vista de la carne desnuda del otro, contra la cual apuntábase la hoja sutil de sus aceros. En medio del solemne silencio que reinaba en torno de ellos, oíase el murmurio fresco de la fuente mezclado al rumor del viento sobre los rosales trepadores donde tem-

blaban las innumerables rosas blancas y amarillas.

—¡A ellos'—ordenó el barón.

Andrés Sperelli esperaba de Rútolo un ataque impetuoso; pero éste no se movió. Durante un minuto, ambos quedaron acechándose uno al otro, inclinándose todavía más sobre sus jarretes, en guardia baja, se descubrió Sperelli, á causa de tener la espada muy en tercia, y provocó á su adversario con insolente mirada y con un golpe de pie. Rútolo dió un paso hacia adelante, fingiendo una estocada derecha que acompañó de un grito, á la manera de ciertos espadachines sicilianos; y el asalto comenzó.

Sperelli no desarrollaba acción alguna decisiva, limitándose casi siempre á las paradas; constriñendo á su adversario á descubrir todas sus intenciones, á agotar todos los medios, á desenvolver todas las variedades de su juego. Paraba limpio y veloz, sin ceder terreno, con una precisión admirable. como si estuviese sobre la tarima en una academia de esgrima, frente á un florete con boton, mientras Rútolo atacaba con ardor, acompañando cada estocada con un grito apagado, semejante al de los leñadores al manejar la segur.

—¡Alto!—gritó Santa Margarita, á cuyos vigilantes ojos no escapaba el menor movimiento de los dos aceros.

Y se acercó á Rútolo, diciendo:

—Si no me engaño, habéis sido tocado.

En efecto, el marqués tenía un rasguño en el antebrazo, pero tan leve que no hubo necesidad si-

quiera del tafetán. Sin embargo, estaba jadeante, y su extrema palidez, obscura y casi lívida, era una manifestación de su cólera contenida.

Sperelli, sonriendo, dijo en voz baja á Barbarisi:

—Ahora, ya conozco á mi hombre. Le abriré un ojal debajo de la tetilla derecha. Pon atención al segundo asalto.

Como, sin advertirlo, hubiera puesto en tierra la punta de su espada, el doctor calvo, el hombre de la gran mandíbula, fuese á él con la esponja embebida de agua fenicada y desinfectó de nuevo la hoja.

—¡Por Dios!—murmuró Andrés al oído de Barbarisi.—Tiene el aire de un *jettatore*. Mi hoja va á romperse.

Un mirlo se puso á silbar entre los árboles. En los rosales algunas rosas se deshojaban y esparcíanse por el suelo. Algunas nubes bajas subían al encuentro del sol, ligeras semejantes á vellones de oveja y se disolvían en vedijas, y lentamente se alejaban hasta disiparse en la atmósfera.

—¡En guardia!

Juanito Rútolo, convencido de su inferioridad en parangón de su enemigo, resolvió estrechar las distancias y atacar á la desesperada, impidiendo así toda continuidad de acción á su adversario. Tenía para esto en su favor su baja estatura y el cuerpo ágil, delgado y flexible, que ofrecía muy poco blanco á los golpes.

—¡A ellos!

Sperelli había previsto ya que Rútolo avanzaría

de aquel modo, con sus ficciones acostumbradas, y estaba en guardia arqueado como una ballesta pronta a disparar la flecha, atento al instante preciso de tirarse á fondo.

—¡Alto!—gritó Santa Margarita.

Del pecho de Rútolo manaba un poco de sangre. La espada de su adversario habíale penetrado debajo de la tetilla derecha, rasgando los tejidos hasta casi la costilla. Los médicos acudieron. Pero el herido, dijo súbito á Casteldiere, con voz ruda, en la que notábase un temblor de cólera.

—No es nada. Quiero seguir.

Rehusó entrar en la *villa* para curarse. El doctor calvo, después de haber oprimido el pequeño agujero apenas sanguinoso y de haberle hecho un lavado antiséptico, aplicó un simple pedazo de esparadrapo, y dijo.

—Puede continuar:

El barón, por invitación de Casteldieri, sin tardanza ordenó el tercer asalto.

—¡En guardia!

Andrés Sperelli se percató del peligro. Frente á él, su adversario, todo recogido sobre los jarretes, casi diríamos oculto detrás de la punta de su acero, aparecía resuelto á un supremo esfuerzo. Los ojos le brillaban singularmente y el muslo izquierdo, por la excesiva tensión de los músculos, le temblaba fuertemente.

Esta vez, Andrés, para aguantar el ímpetu de su enemigo, se preparaba á tirarse de costado para repetir el golpe decisivo de Cassibile, y el disco blanco del trapo sobre el pecho de su adversario

servíale de blanco. Anhelaba volver á meter allí la estocada para encontrar esta vez el espacio intercostal y no la costilla.

En torno á los combatientes, el silencio parecía más profundo; todos los allí presentes tenían conciencia de la voluntad homicida que animaba á aquellos dos hombres, y la ansiedad los angustiaba y les torturaba el pensamiento de tener quizás que conducir á casa un muerto ó un moribundo.

El sol, velado por las vedijas de nubes derramaba una luz casi láctea; las plantas se agitaban ruidosamente á intervalos desiguales; el mirlo silbaba todavía, invisible en la espesura.

—¡A ellos!

Rútolo se precipitó sobre su adversario, sin medir distancias, con dos giros de espada y una estocada en seguida. Sperelli paró y contestó, dando un paso atrás. Rútolo avanzaba, furioso, con estocadas velocísimas, casi todas bajas, no acompañándolas ya con gritos. Andrés, sin desconcertarse ante aquella furia, queriendo evitar un encuentro, paraba fuerte y respondía con tal rudeza que cada una de sus estocadas hubiera podido atravesar de parte á parte á su enemigo. El muslo de Rútolo, cerca de la ingle sangraba.

—¡Alto!—gritó con voz de trueno el barón en cuanto lo advirtió.

Pero, en aquel preciso momento Sperelli, haciendo una parada en cuarta baja y no encontrando el hierro adversario, recibió en pleno tórax una estocada, y cayó desmayado en brazos de Barbarisi.

—Herida torácica, en el cuarto espacio intercos-

CAPILLA UNIVERSITARIA BIBLIOTECA

tal derecho, penetrante en la cavidad con lesión superficial del pulmón—anunció en la estancia, después del reconocimiento y examen, el cirujano de cuello de toro.

VI

La convalecencia larga y penosa de toda aguda y grave enfermedad es una purificación y casi un renacimiento.

Jamás el sentimiento de la vida es tan dulce como después de la angustia del mal: y nunca el alma humana se inclina tanto á la bondad y á la fe como después de haberse asomado á los abismos de la muerte.

Comprende el hombre, al curar, que el pensamiento, el deseo, la voluntad, la conciencia de la vida no son la misma vida. Algo hay en él más vigilante que el pensamiento, más continuo que el deseo, más patente que la voluntad, más profundo aún que la conciencia; y es, la sustancia, la naturaleza de su sér.

Comprende que su vida real es aquella no vivida por él; es el complejo de las sensaciones involunta-